

9

Retos y tendencias de futuro

La evolución seguida por el PSOE en el período comprendido entre 2012 y 2016, con todos los procesos de reforma emprendidos en su seno, constituye un ejemplo paradigmático de los retos y necesidades adaptativas ante las que se encuentran emplazados los grandes partidos de masas clásicas, en coyunturas caracterizadas por intensos cambios políticos, sociales y culturales.

Durante esos cuatro años, en el PSOE han tenido lugar varios procesos congresuales, en los que se materializaron cambios importantes en el modelo de organización. Sin embargo, muchos de estos cambios se han producido más por una sensación de que era necesario abordarlos, que por una reflexión profunda y sistemática sobre la naturaleza y dirección de dichos cambios. Cambios que en cualquier caso eran insoslayables para volver a situar a los partidos socialdemócratas a la vanguardia de la política nacional e internacional.

1. UNA NUEVA RENOVACIÓN

Si se contempla con cierta perspectiva lo ocurrido en estos años, se puede llegar a la conclusión de que el PSOE de 2016 se parece poco al PSOE de 2012. En esos cuatro años se puso en marcha la elección directa del Secretario General del PSOE, se realizó un amplio proceso

de elecciones primarias para elegir candidatos en todos los municipios españoles de más de 20.000 habitantes, así como para elegir a los candidatos a la Presidencia de las Comunidades Autónomas. También se desarrolló el primer proceso de elecciones primarias abiertas para elegir al candidato a la Presidencia del Gobierno de España, así como la primera consulta a los afiliados sobre un tema político de máxima importancia.

Junto a la evolución experimentada en lo que se refiere a la participación interna y externa, también ha ocupado —como ya hemos resaltado— un papel destacado la política realizada en materia de transparencia y rendición de cuentas de los representantes orgánicos e institucionales del PSOE.

Si comparamos la evolución del modelo de partido del PSOE con otros partidos europeos de vanguardia, podemos constatar un notable grado de sintonía y coincidencia. Incluso puede decirse que el PSOE ha sido uno de los partidos socialdemócratas europeos que más ha evolucionado, y que ha desarrollado un mayor número de iniciativas para lograr aproximarse al ideal de un partido más participativo y más cercano a la calle.

No obstante, hay que ser conscientes de que los cambios abordados no agotan el repertorio de lo que se puede y se debe hacer para avanzar en los procesos de democratización y transparencia que demandan los ciudadanos. Por lo tanto, hay que evitar caer en la autocomplacencia y pensar que, a partir de los pasos dados, ya solo queda recoger los frutos. Es evidente que las innovaciones en la toma de decisiones han sido más bien producto de las corrientes y estímulos de cambio que venían demandando los ciudadanos en sociedades como la española, que de una reflexión teórica precisa y bien fundamentada, orientada a intentar ponerse en la delantera de los cambios que se vienen produciendo.

En este sentido, partidos como el PSOE tienen aún pendientes tareas organizativas y ajustes importantes, como resolver las contradicciones y las tensiones internas que estos cambios han generado, y que aún tendrán que ser asentados en nuevos Congresos y debates internos rigurosos. En este sentido, es necesario evaluar por qué, pese a tales cambios, no se ha logrado sintonizar como se deseaba con sectores ciudadanos importantes.

Aún es preciso, pues, contrastar, repensar y madurar determinados aspectos del nuevo modelo de partido hacia el que se está avanzando —hacia el que se tiene que avanzar—, al tiempo que se identifican los desajustes, los puntos negros y los cambios que hay que acometer para poner remedio a la situación existente.

Los principales problemas que deben afrontarse y solucionarse en un partido socialdemócrata del siglo XXI nos remiten a cuestiones como las siguientes:

- Las disociaciones que se están produciendo entre los perfiles medios de los afiliados de los partidos socialdemócratas clásicos, respecto a los perfiles medios de los ciudadanos de las sociedades de nuestro tiempo. En este sentido, es necesario prevenir las tendencias al envejecimiento de las bases sociológicas de los partidos socialdemócratas que no han evolucionado al mismo ritmo, y en el mismo sentido, que las sociedades. En el caso del PSOE, por ejemplo, la edad media de los afiliados en 2016 era de 60 años.
- Muchos partidos socialdemócratas han tendido a convertirse en partidos de cuadros, en los que, por debajo de las estructuras de representación apenas existe activismo político. Es decir, muchos de estos partidos han dejado de ser grandes movimientos sociales con capacidad de dinamismo político propio. Lo cual supone que han dejado de ser partidos de masas.
- Las sedes o Casas del Pueblo de estos partidos, por lo general, no están actualizadas y carecen de atractivo para los ciudadanos. Especialmente para las nuevas generaciones.
- Se ha perdido el liderazgo en la mayor parte de los movimientos sociales. Todo lo más, se intenta acompañar a estos movimientos, pero sin entender qué habría que hacer —y cómo habría que hacerlo— junto a ellos.
- Las estructuras de los partidos socialdemócratas clásicos generalmente no dan respuestas adecuadas en todos los ámbitos de la sociedad. Aunque aún funcionan razonablemente bien donde mantienen su utilidad las fórmulas y enfoques tradicionales (en particular en el mundo rural), están perdiendo y desfasados, y se requiere una importante moderniza-

ción para conectar con los ciudadanos (especialmente en el mundo urbano de las clase medias).

- No existen mecanismos apropiados para sumar a las filas socialdemócratas —o implicar en sus proyectos— a los referentes sociales importantes de los municipios, especialmente en las grandes ciudades.
- Los procesos congresuales de estos partidos, a todos los niveles, no se perciben por los afiliados, ni por los ciudadanos, como los procesos más adecuados y eficaces para elegir a los mejores equipos que lideren los partidos, de forma que su proyección pública muchas veces se centra en exceso en las luchas de clanes y de grupos clientelares por ocupar determinados puestos y cuotas de poder orgánico, sin que aparezcan, o se puedan identificar bien —y de manera atractiva— los proyectos y las propuestas políticas que cada cual defiende o postula.

A partir de este estado de cosas, el principal reto de los partidos socialdemócratas es poner en hora su reloj del tiempo, y volver a convertirse en auténticos movimientos sociales, en los que muchos ciudadanos puedan proyectar y defender sus ideas, intereses y necesidades, a través de cauces y procedimientos más pertinentes. Para ello, es preciso atender, de manera adecuada, a tres grandes objetivos nucleares: en primer lugar, ser partidos atractivos para los jóvenes; en segundo lugar, desarrollar nuevas estructuras organizativas y de acción en las grandes ciudades; en tercer lugar, adecuar las modalidades de afiliación y pertenencia partidaria a las nuevas tendencias, disposiciones y realidades sociales. Veámoslos con algún detalle.

2. SER PARTIDOS ATRACTIVOS PARA LOS JÓVENES

En España, las Juventudes Socialistas han perdido un 20% de sus militantes en los últimos años, y tan solo un 30% de sus miembros pertenecen al PSOE. Si a esto se añade que cada vez menos jóvenes

se afilian a un partido y tienen menos interés activo por la política¹, se puede entender que se está ante un serio problema de relevo intergeneracional en las organizaciones, con un efecto directo en el envejecimiento de los órganos de representación que cada vez presentan un perfil —e imagen— más envejecida y menos atractiva para los nuevos votantes².

Hoy en día, bastantes jóvenes prefieren colaborar —en su caso— con causas concretas que les motivan más y que no exigen compromisos muy formalizados, como ocurre entre aquellos que tienen una vinculación formal continuada con una opción partidaria concreta. Por ello, los partidos políticos, si quieren contar con un mayor número de jóvenes, deben tener en cuenta las nuevas tendencias y disposiciones, e intentar comprometer a los jóvenes en causas concretas sin que ello exija una afinidad formal completa y súbita. Es decir, sin tener en cuenta el carácter procesual y progresivo que suele darse en la manera de entender —y vivir— el acercamiento a un partido concreto.

En este sentido, los partidos del siglo XXI tienen que pensar en nuevas formas de pertenencia en función de causas políticas concretas, que posibiliten que los jóvenes —y también los adultos— establezcan vínculos de cercanía y de colaboración especificada que, en su caso, pudieran evolucionar hacia una afiliación partidaria más estable.

Todo este activismo potencial se podría canalizar y estimular a través de un nuevo tipo de plataformas organizativas como unos *Consejos de Activismo Social*, que tendrían como función identificar y promover los movimientos reivindicativos y sociales de interés que se generan en las redes o en la calle, siendo los intermediarios para que dichas iniciativas se conecten con proyectos políticos más amplios, en colaboración con los afiliados de los partidos.

¹ Véase, en este sentido, José Félix Tezanos y Verónica Díaz, *La cuestión juvenil ¿Una generación perdida?*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.

² Esta tendencia no debe divorciarse de la *crisis de capital social* que tiene un carácter más general y que está dándose en muchas sociedades de nuestro tiempo, tal como se ha analizado, por ejemplo, en los libros de Putnam. Véase, en este sentido, Robert D. Putnam, *Bowling Alone. The Collapse and Revival of American Community*, ob.cit.

Con enfoques y fórmulas de este tipo se podría lograr que partidos como los socialdemócratas resulten más atractivos para los jóvenes, contribuyendo a generar redes de simpatías y complicidades entre los que ya están afiliados a los partidos políticos y muchos otros ciudadanos que están sensibilizados con causas concretas. Lo cual supone entender las trayectorias políticas de otra manera diferente, más compleja y escalonada.

3. DESARROLLAR NUEVAS ESTRUCTURAS DE PARTIDO EN LAS GRANDES CIUDADES

La mayor parte de los partidos socialdemócratas clásicos suelen tener su punto débil en las grandes ciudades. Punto débil que tiende a acentuarse, y a veces es tan acusado que puede conducirles a medio plazo a una cierta irrelevancia política en estos ámbitos. Desde el año 1997, por ejemplo, el PSOE ha perdido cerca de dos millones de votos en tan solo cuatro ciudades (Madrid, Barcelona, Valencia y Zaragoza). Para reconducir esta tendencia, en el PSOE se delegaron competencias orgánicas y políticas en los distritos de las grandes ciudades, con la idea de acercar el partido a la vida de los ciudadanos en los barrios, presentando el perfil más cercano que facilitase la afiliación a partir de la actividad del día a día en tales lugares. Sin embargo, esto ha dado lugar a que las Agrupaciones de las grandes ciudades acabaran careciendo de cualquier tipo de competencia específica en este campo, pasando a convertirse en órganos intermedios que no tienen potestades de coordinación ni de control sobre las Agrupaciones de distrito. La consecuencia ha sido la inexistencia de direcciones —ni iniciativas— que marquen la estrategia política en las ciudades, que tengan competencias para fijar las pautas políticas a un grupo municipal concreto, y que piensen globalmente qué clase de proyecto conjunto de ciudad necesitan los vecinos.

Dejar las competencias orgánicas en manos de los distritos ha dado lugar también a una inercia política de generación de pequeños segmentos de poder orientados básicamente a negociar los cupos de representación política en órganos superiores.

Para cambiar tal deriva hay que dotar a las Agrupaciones de las grandes ciudades de todas las competencias orgánicas y políticas que

tiene una Agrupación Local, intentando que las Agrupaciones de distritos pasen a ser lugares para la participación ciudadana y puntos de encuentro y conexión con los ciudadanos.

4. ADECUAR LAS MODALIDADES DE PERTENENCIA A UN PARTIDO A LAS NUEVAS TENDENCIAS SOCIALES Y A LAS DISPOSICIONES PARTICIPATIVAS DE LOS CIUDADANOS

Lógicamente, la actual *estructura de cuadros* que han ido adquiriendo los partidos socialdemócratas clásicos no propicia la participación activa de los afiliados. Esta falta de activismo político en los partidos socialdemócratas, tanto interno como externo, contrasta con la mayor participación existente en algunos partidos de nuevo cuño. Si bien hay que ser conscientes de que en muchos casos se trata de nuevas formas y modalidades «ligeras» de participación, generalmente a través de la Red, que no implican un alto grado de compromiso y de implicación práctica.

En su conjunto, las nuevas condiciones sociológicas y las nuevas disposiciones participativas de los ciudadanos en el mundo del siglo XXI exigen pensar en nuevas formas, procedimientos y modelos de participación política partidaria.

Hasta ahora, en los partidos políticos socialdemócratas clásicos se podía participar como militante, como afiliado directo, o como simpatizante. Los simpatizantes realmente son algunos antiguos afiliados que han dejado de pagar las cuotas por distintos motivos y que forman un sector inactivo del censo de afiliados. Generalmente, sus datos están desactualizados, y no es fácil conseguir que participen o se impliquen activamente.

Los afiliados directos, fórmula de reciente creación en partidos como el PSOE, no han tenido el impacto deseado ni los resultados esperados. El PSOE, por ejemplo, solo cuenta con poco más de 1.500 afiliados de este tipo, para los que apenas hay previstas actividades que permitan incentivar su participación presencial.

A su vez, la mayor parte de los militantes tienen un nivel de actividad muy bajo, con porcentajes de apertura de correos electrónicos del

PSOE que rara vez superan el 15%, y con una participación presencial en las Agrupaciones baja o muy baja. Hay que tener en cuenta, en este sentido, que, por ejemplo, en el Congreso Extraordinario de julio de 2014, con todo el partido movilizado y tres candidatos en liza en las primarias previas, solo participaron en las elecciones de delegados para el Congreso un 67% de los afiliados socialistas³.

Para cambiar tales tendencias en partidos como el PSOE, habría que emprender reformas de cierto calado. Por ejemplo, habría que cambiar la figura del «simpatizante» por la de «activista o colaborador del PSOE» que participa en alguna iniciativa (o iniciativas concretas), cribando el actual censo desfasado de simpatizantes, comenzando de cero con una base de datos actualizada en la que quede consignada la participación en determinados procesos y acciones.

Asimismo, habría que flexibilizar la figura de afiliado directo, ofreciendo la posibilidad a los ciudadanos de que participen en procesos concretos. Bien sea elecciones primarias —como ya se hace en otros países—, porque les motiva apoyar a un candidato concreto, bien de cara a una elección específica, porque se encuentran interesados personalmente con determinadas propuestas programáticas, o bien para participar con voto en una Conferencia Política, etc. Con una fórmula de este tipo se incentivaría el crecimiento del Censo de afiliados directos y se potenciarían las posibilidades de que algunos de ellos acabaran implicándose de manera más activa.

En conclusión, con iniciativas y propuestas de este tenor, se podrían alcanzar mayores niveles de participación e implicación ciudadana activa, que antes no se han logrado en partidos como el PSOE. Y, sobre todo, se abriría la puerta a fórmulas de pertenencia política más flexibles, más estratificables y eventualmente más acumulativas, que se ajustan mejor y con más realismo a las tendencias de participación y corresponsabilización social y política que se registran en las sociedades de nuestro tiempo.

³ En cualquier caso, en otro tipo de partidos la implicación de sus miembros suele ser mucho menor. Por ejemplo, en el Congreso del PP del 2017 para la elección de los cerca de 3.000 delegados, solo participaron apenas 8.000 afiliados, lo que supone menos del 1% de su Censo oficial (800.000 afiliados). Y algo parecido, pero a mayor escala y proporción, puede decirse de Podemos, cuyos afiliados participantes rara vez superan el 30%.

Un aspecto importante en la dinámica de la afiliación a los partidos es la que tiene que ver con el pago de las *cuotas*. En las formaciones socialdemócratas se viene de una tradición en la que las cuotas eran un elemento crucial en la vida de los partidos, sobre todo en momentos en los que los partidos de raíz obrera, a veces en conjunción íntima con los sindicatos, ofrecían múltiples servicios a sus afiliados, tanto de carácter cultural y formativo, como incluso de carácter asistencial y de ayuda. De forma que las cuotas servían tanto para cubrir los costes de todos estos servicios, como para mantener abiertos y operativos los locales y *Casas del Pueblo*, desde los que se organizaba la acción política y en los que también tenían lugar actividades recreativas, amén del mantenimiento de publicaciones muy diversas, incluso periódicos. Sin embargo, con las cuotas de los afiliados actualmente es imposible mantener todas estas actividades, cuyos costes se han encarecido enormemente. Al mismo tiempo, actualmente el Estado provee prácticamente todos los servicios sociales y cubre todas las contingencias, que antes eran atendidas en la medida de lo posible por los sindicatos y los partidos de raíz obrera.

Todo lo cual ha dado lugar a que las *cuotas* de los afiliados hayan perdido buena parte de su alcance y su valor ejemplar, incluso, como mecanismo de solidaridad de clase. Por eso, las *cuotas*, sobre todo cuando son altas, o se valoran como tales, se han convertido en una barrera para la libre participación de bastantes ciudadanos en los partidos, y más aún cuando se compite con partidos o plataformas ciudadanas de nuevo cuño, que no cobran ninguna cuota a quienes desean participar en sus procesos y actividades, a veces sin más formalidad que apuntarse en una página web.

Sin embargo, parece evidente que un partido serio tiene que establecer una política de cuotas seria —y realista— que permita formalizar los procesos internos de pertenencia y participación con todas las garantías, y con unas bases de datos contrastadas y actualizadas de forma continua.

En el caso del PSOE, por ejemplo, existe una cuota de 60€ al año, con una cuota reducida para pensionistas (24€/año) y otra superreducida (12€/año) para parados de larga duración y perceptores de pensiones mínimas.

El Partido Popular, *Ciudadanos* e IU tienen cuotas parecidas a las del PSOE, mientras que partidos como *Podemos* y otras plataformas

ciudadanas más recientes no limitan ni condicionan la participación en función del pago de una cuota.

Los partidos socialdemócratas europeos, como el SPD alemán, PS francés, PS Portugal o el Partido Laborista del Reino Unido tienen políticas de cuotas mucho más moderadas, que pueden ser un buen ejemplo para ajustar las cuotas con mayor realismo, y poder abrir más posibilidades implicativas, especialmente a los más jóvenes y a los que se encuentran en peores situaciones económicas y laborales, que son precisamente los sectores a los que los partidos socialdemócratas y progresistas tienen que prestar más atención y apoyos.

5. DEMOCRACIA REPRESENTATIVA Y DEMOCRACIA DIRECTA. UN DEBATE MAL PLANTEADO

En ocasiones hay quienes argumentan que la democracia representativa y la democracia directa son dos modelos diferentes de entender la democracia. Incluso no faltan los que intentan caricaturizar esta dualidad, presentando a los partidarios de la democracia representativa como los únicos políticos serios que defienden lo que ya existe y que ha dado resultados contrastables, en tanto que los partidarios de la democracia directa son motados de utopistas poco rigurosos, e incluso de locos sin sentido de la realidad. Sin embargo, lo que no se suele entender —o no se quiere— es que ambos modelos de referencia son perfectamente compatibles y armonizables, y que en la realidad concreta las reivindicaciones de modelos e iniciativas de democracia directa, no son sino una forma de propiciar el reforzamiento y desarrollo de la democracia representativa, que actualmente no deja de ser tan válida y positiva como en el pasado en el ámbito específico de sus logros y posibilidades.

Como ya vimos en el capítulo 2, las demandas de gran parte de los ciudadanos apuntan hacia la necesidad de profundizar y ampliar los cauces de participación. Sin que ello signifique cuestionar los logros de la democracia representativa. Por lo que antagonizar estos dos modelos tiene poco sentido y utilidad. Consecuentemente, aquí vamos a limitarnos a enunciar diez tesis básicas sobre esta cuestión, con ánimo de contribuir a clarificar un debate que generalmente no está bien planteado. Estas, pues, son las diez tesis:

1. La democracia representativa y la democracia directa son perfectamente compatibles, complementarias y agregables. Las reivindicaciones de más democracia directa no impugnan los procedimientos propios de la democracia representativa, sino que solo intentan perfeccionar y aumentar las vías de participación.
2. La democracia representativa debe valorarse como una forma consolidada y legitimada de ejercicio de la democracia que ha ido asentándose y perfeccionándose a lo largo del tiempo, desde el primigenio sufragio censitario hasta el sufragio universal directo, que reconoció el derecho a «elegir y ser elegido» primero a los obreros y a las personas sin recursos ni estudios, luego a las mujeres y finalmente a los jóvenes. De igual manera, la lógica inicial de la democracia política fue completada y ampliada posteriormente con los criterios de la «ciudadanía social» y con las conquistas del Estado de Bienestar.
3. Desde sus orígenes, las concepciones prácticas de la democracia moderna han ido perfeccionándose y ampliándose en un proceso acumulativo de avances que aún no ha llegado al nivel máximo de posibilidades. Por eso, sobre la base de lo ya alcanzado y consolidado, se puede —y se debe— continuar progresando en el desarrollo y perfeccionamiento de la democracia.
4. En el plano de la ciudadanía, a las tres etapas de evolución de las que habló Marshall (la ciudadanía civil, la ciudadanía política y la ciudadanía social) habría que añadir en estos momentos de crisis económica y laboral una cuarta etapa necesaria de *ciudadanía económica*, que permita validar en la práctica el derecho de los ciudadanos de hoy a tener un empleo y/o una actividad útil socialmente, con unos ingresos económicos adecuados, como requisito lógico y necesario de la pertenencia social en condiciones de igualdad y equidad⁴.
5. En el plano de la participación, los partidos socialdemócratas tienen que ser capaces de ofrecer un proyecto creíble y concreto de

⁴ Sobre el objetivo de la «ciudadanía económica», véase José Félix Tezanos, «Exclusión social, democracia y ciudadanía económica. La libertad de los iguales», en *Revista del Ministerio de Trabajo e Inmigración*, núm. 75, pág. 19 y ss.

reformas que brinde respuestas positivas e institucionalizadas a las demandas y esperanzas de muchos ciudadanos de poder participar e incidir más en la vida política, de ser oídos y atendidos, y tener garantías de una correcta y fiel rendición de cuentas por parte de los gobernantes y los electos. La demanda de una democracia de más calidad se está convirtiendo en muchos lugares en un clamor ciudadano ante algunos problemas, disfunciones y corruptelas que se están dando en diversos ámbitos, en momentos complejos y problemáticos de la evolución económica y social. Lo que está llevando a que entre muchas personas se extienda la impresión de que sus demandas y necesidades no son suficientemente atendidas, y que las posibilidades de hacer oír su voz y hacer contar sus opiniones y propuestas se encuentran limitadas en las condiciones actuales. Tales apreciaciones, en sociedades en las que impera la instantaneidad y una interacción creciente en múltiples esferas, están generando sentimientos de frustración (participativa) y de desafección (política e ideológica).

6. Para dar respuesta a las demandas ciudadanas de una mayor participación y un mejor funcionamiento de la democracia, los partidos socialdemócratas tienen que articular una agenda de reformas específicas que se orienten a dar cauce y brindar perspectivas institucionalizadas a los afanes participativos, con garantías, procedimientos concretos y mecanismos rigurosos que no alteren ni impugnen de manera falsa y demagógica la lógica actual de la representación política. Ni que hagan el juego tampoco a planteamientos asamblearios y populistas que más que propiciar una auténtica mejora y perfeccionamiento de la democracia, pueden conducir a su deterioro y descrédito, dando paso a populismos o nihilismos de carácter regresivo.
7. Por lo tanto, los partidos socialdemócratas y las fuerzas de progreso tienen que desarrollar e impulsar su propia agenda de reformas, que permita visibilizar y garantizar unos avances reales hacia una democracia de más calidad y más abierta a las posibilidades de una mayor participación e implicación ciudadana. Los caminos institucionalizados que se requieren para avanzar en esta dirección en buena parte ya están trazados e iniciados en las sociedades avanzadas. Se trata de mecanismos que posibiliten

dar mayores garantías de rendición de cuentas, abrir mayores cauces a la deliberación política y a la consideración de iniciativas ciudadanas, no solo mediante la posibilidad de emprender medidas legislativas, sino también mediante procesos decisorios estructurados con las debidas garantías, que consideren incluso las posibilidades de remoción de gobernantes corruptos, o que conculquen derechos fundamentales, o que pongan en riesgo grave la situación del país o sus habitantes. Esto se puede hacer ya, con las debidas garantías, en varios países democráticos.

Asimismo, los ciudadanos maduros de las sociedades del siglo XXI también tienen —tenemos— derecho a poder decidir directamente sobre iniciativas o proyectos de leyes especialmente importantes, mediante referéndums consultivos serios y específicos, que no tienen nada que ver con las prácticas plebiscitarias que han utilizado a veces los gobernantes autocráticos y algunos líderes poco serios, con la intención de reforzar sus liderazgos y sus posiciones.

8. En el terreno de la economía y la fiscalidad, también pueden —y deben— desarrollarse mecanismos decisorios institucionalizados que impliquen directamente a los ciudadanos en la consideración de distintas opciones y posibilidades de asignación de algunos de los recursos disponibles. Las posibilidades que ofrecen hoy en día las nuevas tecnologías, en este sentido, no se circunscriben solamente a las oportunidades informativas y deliberativas, sino que también pueden aplicarse en muchas cuestiones relacionadas con la vida cotidiana. Lo cual abre la posibilidad de mejorar los componentes participativos también en la esfera de la micropolítica.
9. En esta perspectiva institucional, no hay que olvidar el papel fundamental que tienen las instituciones educativas y el alcance práctico de las perspectivas implicativas en los lugares de trabajo, como demuestran las experiencias exitosas realizadas desde hace tiempo en varios países avanzados en Europa, América y Japón⁵.

⁵ Véase, en este sentido, José Félix Tezanos (ed.), *La democratización del trabajo*, Madrid, Editorial Sistema, 1987.

10. En definitiva, la apuesta por continuar mejorando los mecanismos de participación y por trabajar en la perspectiva de una democracia de más calidad, con una ciudadanía más activa y comprometida, es un exponente claro tanto del progreso histórico y de la evolución social, como del compromiso de avanzar hacia un futuro mejor, construido por todos y para todos.

6. LA RELACIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS CON LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Los partidos socialdemócratas fueron, desde sus orígenes, partidos que a su vez eran movimientos sociales y que actuaban en conexión directa con lo que en su momento se entendía que era el movimiento social por excelencia, en conexión con su ideario y sus propósitos. Es decir, los sindicatos.

Sin embargo, la evolución de las sociedades y la misma dinámica de los movimientos sociales condujo a escenarios políticos y sociales cada vez más complejos y diversificados, con la correspondiente diversificación de intereses y problemáticas en los mismos movimientos sociales. Por eso, cada vez hay más tipos de movimientos sociales diferentes (véase cuadro 9.1).

En esa evolución, los partidos políticos socialdemócratas han mantenido una tensión dialéctica permanente para intentar recoger y asumir también el impulso reivindicativo —en lo que tenían de positivo y concordante— de los nuevos movimientos sociales.

En este sentido, casi todos los partidos socialdemócratas cuentan con Organizaciones Sectoriales y Grupos Federales específicos que intentan lograr los objetivos planteados en el momento de su creación. El propósito principal en estos casos era conseguir que hubiera estructuras intermediarias con diversos sectores sociales para hacer llegar —o lograr confluir con— las reivindicaciones de tales movimientos y mejorar así la conexión con la sociedad, en un marco general de objetivos reformistas.

Sin embargo, en algunos casos, las Organizaciones Sectoriales han acabado convertidas en estructuras paralelas de acción respecto a las direcciones políticas, que a veces han sido poco ágiles y operativas

en la tarea que se planteaba. Lo que ha provocado que la actividad de las mismas tendiera a reducirse, e incluso a convertirse, en prácticamente nula.

En el caso del PSOE, los Grupos Federales existentes han tendido a operar como estructuras reivindicativas de representación orgánica e institucional, que al no estar estructuradas, ni ser elegidas, de forma democrática, han conducido a que se convirtieran en grupos bastante endogámicos, enfocados a obtener cuotas de poder e influencia en los distintos niveles de la organización.

En cualquier caso, las sociedades están evolucionando a un ritmo tan vertiginoso en múltiples planos, que han dado lugar a que en la práctica tanto las Organizaciones Sectoriales como los Grupos Federales hayan quedado un poco desfasados. De esta manera, las estructuras jerarquizadas propias de los enfoques y las mentalidades de los años setenta, ochenta y noventa están en crisis, siendo escasamente representativas de las sociedades del siglo XXI. Hoy en día, los ciudadanos se suelen unir a plataformas que tienen fines bastante concretos, y modos de actuar e interconectarse de naturaleza democrática; o se suman a iniciativas de forma individual, conectando con otras personas con las que comparten únicamente un objetivo o una reivindicación concreta.

En definitiva, el problema que se plantea a los partidos socialdemócratas es entender que en pleno siglo XXI no se puede pretender conectar con los ciudadanos —y recabar su participación— con métodos más propios del siglo pasado.

En nuestro momento histórico, la agenda política de la que tienen que ocuparse las fuerzas de progreso y en la que tienen que comprometerse, es mucho más compleja y diversificada que aquella que en las primeras fases de las sociedades industriales concernía básicamente a la «cuestión obrera». Esta nueva agenda comprende objetivos y empeños por la equidad, así como políticas orientadas a hacer frente al cambio climático, a la superpoblación, al agotamiento de los recursos energéticos, a las disfunciones de la globalización, a la erradicación de los «paraísos fiscales», a la gobernación democrática de entidades supranacionales, como la Unión Europea, al desarrollo de un modelo económico que tenga en cuenta los límites del crecimiento, a superar las insuficiencias y las crisis de la democracia establecida, a dar soluciones a la crisis del trabajo (como empleo y como función) en

CUADRO 9.1.—*Movimientos sociales, demandas públicas y evolución de la ciudadanía*

Tipo de movimiento	Ejemplos de movimientos	Horizonte histórico	Hitos de referencia	Partidos y traducciones políticas organizadas	Logros prácticos	Modelos de ciudadanía que connota
<ul style="list-style-type: none"> Movimientos sociales clásicos 	<ul style="list-style-type: none"> Movimientos democráticos y constitucionales Movimiento obrero 	<ul style="list-style-type: none"> Siglos XVIII y XIX Siglo XIX y XX 	<ul style="list-style-type: none"> Revolución francesa Revolución rusa y revoluciones/reformas sociales 	<ul style="list-style-type: none"> Partidos liberales Partidos socialdemócratas, comunistas, etc. 	<ul style="list-style-type: none"> Estado de Derecho Estado de Bienestar 	<ul style="list-style-type: none"> Ciudadanía política Ciudadanía social
<ul style="list-style-type: none"> Movimientos independentistas y de liberación nacional 	<ul style="list-style-type: none"> Los vinculados a las guerras/luchas de independencia 	<ul style="list-style-type: none"> Siglos XVIII, XIX y XX 	<ul style="list-style-type: none"> Fin del colonialismo Guerras coloniales 	<ul style="list-style-type: none"> Frentes y Partidos-Movimiento Movimiento de los no-alineados 	<ul style="list-style-type: none"> Procesos de independencia 	<ul style="list-style-type: none"> Ciudadanía nacional

Tipo de movimiento	Ejemplos de movimientos	Horizonte histórico	Hitos de referencia	Partidos y tradiciones políticas organizadas	Logros prácticos	Modelos de ciudadanía que connota
<ul style="list-style-type: none"> Nuevos movimientos sociales 	<ul style="list-style-type: none"> Movimiento por los derechos civiles Movimientos ecologistas Movimientos feministas Movimientos pacifistas Movimiento gay 	<ul style="list-style-type: none"> Siglo XX 	<ul style="list-style-type: none"> Mayo del 68 Lucha por los derechos civiles y las minorías Protestas contra la Guerra de Vietnam y otras Luchas ecologistas 	<ul style="list-style-type: none"> Partidos radicales Movimientos sectoriales Partidos verdes Partidos feministas 	<ul style="list-style-type: none"> Políticas de igualdad Iniciativas de protección de la Naturaleza 	<ul style="list-style-type: none"> Ampliación de la ciudadanía civil
<ul style="list-style-type: none"> Novísimos movimientos sociales (o de tercer ciclo) 	<ul style="list-style-type: none"> Movimiento alterglobalización Movimientos del Norte de África (inicialmente) Movimiento 15-M y 25-S (y similares) Movimientos de los parados, los excluidos, okupas (ocupan locales, pisos y espacios públicos), etc. Movimientos antideshaucios «Mareas» 	<ul style="list-style-type: none"> Postimerías del siglo XX y primeros lustros del siglo XXI 	<ul style="list-style-type: none"> Protestas contra las cumbres Revoluciones norteafricanas 15-M (Puerta del Sol), Okupa Wall Street, etc. «Mareas» reivindicativas sectoriales sobre sanidad, educación, etc. 	<ul style="list-style-type: none"> Movimiento alter-globalización Democracia Real Ya, etc. Nuevos partidos ¿Asunción por los partidos socialdemócratas? 	<ul style="list-style-type: none"> Incorporar nuevas cuestiones pendientes a la agenda política 	<ul style="list-style-type: none"> Ciudadanía económica Perfeccionamiento de la ciudadanía política (calidad de la democracia), defensa de la ciudadanía social

sociedades crecientemente robotizadas, a enfrentarse a los peligros de la exclusión social y laboral de las nuevas generaciones, etc. (véase cuadro 9.2).

Y todo esto supone entender que a los retos de la complejidad no se les puede dar respuesta desde esquemas y mentalidades simplistas y uniformes, sino que la complejidad de la realidad exige una paralela complejidad, y enriquecimiento, de la organización.

CUADRO 9.2.—*La agenda política del siglo xxi*

Grandes problemas, tendencias y retos políticos (Los nuevos jinetes del Apocalipsis)	Necesidades que se suscitan	Exigencias políticas conexas
1) Persistencia y aumento de las desigualdades sociales y las carencias	<ul style="list-style-type: none"> • Corregir las desigualdades, acabar con el hambre y las carencias graves • Alcanzar la igualdad efectiva entre hombres y mujeres 	<ul style="list-style-type: none"> • Acentuación de las dimensiones sociales e internacionales de los programas socialdemócratas • Políticas feministas y de igualdad de género
2) Crisis del trabajo (como empleo y como función). Precarización laboral creciente	<ul style="list-style-type: none"> • Políticas activas de empleo, reajustes de los tiempos de trabajo necesarios, inversiones en calidad de vida 	<ul style="list-style-type: none"> • Nueva agenda por el empleo y por las actividades de utilidad social. Recuperación de enfoques de tipo keynesiano
3) Deterioro del medio ambiente	<ul style="list-style-type: none"> • Políticas medioambientales 	<ul style="list-style-type: none"> • Incorporar los objetivos ecologistas. Política verde
4) Superpoblación	<ul style="list-style-type: none"> • Control del crecimiento poblacional 	<ul style="list-style-type: none"> • Políticas de equilibrio de población
5) Disfunciones, límites y desacoples del Estado-Nación clásico	<ul style="list-style-type: none"> • Organizaciones supranacionales efectivas, con partidos transnacionales de verdad, etc. 	<ul style="list-style-type: none"> • Avanzar hacia el Estado europeo, etc. • Nuevo internacionalismo • Regionalización de la política internacional
6) Malestares e insuficiencias, crisis y desgastes de la democracia clásica	<ul style="list-style-type: none"> • Desarrollo democrático-institucional. • Calidad democrática. Más implicación ciudadana activa 	<ul style="list-style-type: none"> • Nuevos desarrollos constitucionales • Nuevo modelo de partido (de ciudadanos activos)
7) Aumento de la exclusión social	<ul style="list-style-type: none"> • Más inversión en gastos sociales • Políticas de inclusión 	<ul style="list-style-type: none"> • Potenciar y priorizar la agenda social
8) Agotamiento de los recursos energéticos fósiles	<ul style="list-style-type: none"> • Acelerar la transición energética, diversificación, reducción de la factura del petróleo, etc. 	<ul style="list-style-type: none"> • Ahorro energético e inversiones estratégicas en nuevas energías limpias (eólica, solar, etc.)
9) Límites del crecimiento económico	<ul style="list-style-type: none"> • Programación económica, nuevos enfoques económicos y nuevos esquemas de cooperación para el desarrollo 	<ul style="list-style-type: none"> • Nuevo orden económico mundial. • Supremacía de la política sobre los poderes económicos y comunicacionales. • Coordinación mundial efectiva de las políticas de desarrollo